

EL DOCTOR

MANUEL MARÍA MALLARINO

El día 18 del presente mes de Junio se cumplirán cien años del nacimiento del Doctor MANUEL MARÍA MALLARINO, una de las glorias más puras de la Patria. Las ciudades de Cali (cuna del ilustre personaje), Medellín y Bogotá se preparan á festejar el grato aniversario; y el Gobierno nacional se ha puesto á la cabeza de los festejos, interpretando las ideas y afectos de la República entera.

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, hogar de los próceres de la Independencia, nido del amor patrio, guardián y conservador de las glorias colombianas; el Colegio, que se honró teniendo por Patrono, por amigo decidido y afectuoso al señor Doctor MALLARINO, ha querido asociarse á la celebración del centenario, y comisionarme para escribir unas líneas en honor del íntegro y sabio magistrado de la Nueva Granada.

Lo breve del tiempo de que puedo disponer no me consiente ensayar un rasgo biográfico de MALLARINO, ni aun el elogio de sus méritos altísimos; y tengo que contentarme con estampar aquí, casi al correr de la pluma, un simple recuerdo de admiración y de cariño.

Siendo yo niño de seis ó siete años, conocí al señor Doctor MALLARINO, un día que llegó á mi casa, de visita. Sonrojéme al hallarme en su presencia, lo saludé torpemente, encendido el rostro como una brasa, y quise retirarme; pero él me llamó, me acarició blandamente, é hizo que permaneciera á su lado durante la visita. Después, cada ocasión que nos encontrábamos en la calle, se detenía á decirme alguna palabra llena de amabilidad y simpatía; de tal suerte que si, en mi candorosa inexperiencia, me hubieran preguntado qué lazos me ligaban al Doctor MALLARINO, habría respondido con infantil aplomo que era uno de mis más íntimos amigos.

Ausentéme por varios años de la capital, y no le volví á ver sino muy de paso, pocos días antes de su muerte, cuando ya llevaba impreso en el rostro el anuncio de su próximo fin; pero la fisonomía, la imagen de los antiguos días, rebosante de vida intelectual, la discreta movilidad de los ademanes, el timbre de la voz no se han podido jamás borrar de mi memoria.

Más tarde supe los títulos y merecimientos del que yo sólo había estimado hasta entonces por su amable condescendencia con los niños.

Vio la luz primera en el Cauca, tierra de grandes hombres, y á los once años de su edad, oyó el estampido del cañón y las dianas de los clarines guerreros, que celebraban la victoria de Boyacá. Perteneció á la segunda generación de la República, que todavía conservó intacto y sin mengua el patrimonio de honor que le dejaron en herencia los Próceres.

La educación del Doctor MALLARINO se apoyó en los cimientos solidísimos de la fe cristiana y de los clásicos estudios, alimento de las almas fuertes. Conocía á fondo los grandes autores de la antigua Roma, y con sentencias extraídas de aquel tesoro, adornaba, discreto y sin afectación, conversaciones y escritos. Añadió al estudio de la lengua del Lacio, el del patrio idioma en los clásicos autores del siglo de oro, y el de las literaturas francesa, italiana é inglesa; y más tarde completó lo que había aprendido en los claustros con largos viajes, emprendidos más en servicio de la Patria, más en busca de ciencia, que de solaz y recreo.

Así preparado, emprendió los estudios de Jurisprudencia, como se hacían entonces: no recorriendo la letra estéril de los códigos, que aún no existían; no aprendiendo de memoria libros extranjeros de texto, sino oyendo las lecciones orales de jurisconsultos egregios, dictadas sobre las leyes de Justiniano y las de Alfonso el Sabio.

Quien escriba el elogio de MALLARINO le juzgará como prosador sólido, castizo, sin perjuicio de ameno y atractivo; pero añadirá probablemente que, si fue uno de los príncipes de la pluma, fue uno de los reyes de la palabra.

Concedióle Dios casi todos los dones que forman el orador eminente: talento no común, claridad y orden en las ideas, memoria prodigiosa, imaginación rápida y pintoresca, nobles pasiones nunca extinguidas, y dominando entre ellas la que llamaban los romanos *caritas patrii soli*, alma de todas las públicas virtudes. Y para dar forma á tan excelente materia: conocimiento del idioma, palabra fácil y abundante, gentil apostura, noble y vivaz acción oratoria, y una voz alta, sonora, á propósito para dejarse oír en grandes recintos, para dominar el hervir de las manifestaciones populares.

Dirán los biógrafos de MALLARINO los méritos de su fecunda carrera durante medio siglo; los puestos que desempeñó en lo legislativo, lo judicial, lo diplomático, lo administrativo. Acaso censuren, según el criterio que los guíe, algunos actos de vida tan variada y tan llena; pero habrán de reconocer que si pudo errar, porque era hombre, no prevaricó jamás, porque era buen cristiano y buen granadino; que no tuvo más móvil que el patriotismo, y que jamás procedió por malsana ambición ni por innoce codicia de honras ó dineros.

Llegó á la primer magistratura de la República. No quiero aludir en este escrito á la política, ni aun á la de ahora cincuenta años; y me limito á recordar que mis mayores hablaban de la administración de MALLARINO como de la edad de oro de la Nueva Granada; como de un día pasado en fresco oasis deleitoso, en medio de la dilatada peregrinación por el desierto seco y abrasado de nuestras contiendas civiles.

El Doctor MALLARINO, á diferencia de muchos contemporáneos suyos que rindieron tributo á la incredulidad, entonces todavía de moda, fue sincero creyente, fervoroso

católico. Defendió con la palabra y la pluma los dogmas de la Iglesia, y perteneció al corto grupo de los que impugnaron en aquel tiempo el principio utilitario de Bentham, planta maldita sembrada á principios del pasado siglo, y que, como ciertos árboles tardíos, no empezó á dar sus frutos de muerte sino varias décadas más tarde. Y murió el Doctor MALLARINO, como humilde cristiano, abrazado de la cruz, *spes única* en el naufragio de la vida terrenal.

Dios le otorgó por esposa una señora de ilustre estirpe, á quien no vacilo en dar el calificativo de santa, y bendijo aquella unión concediéndoles hijos que no han bastardeado de la fe y el honor de sus mayores.

Terminaré recordando el celo é interés del Doctor MALLARINO por la educación pública. No cesó nunca de estimularla, como magistrado y como ciudadano, y ejerció muchas veces la noble tarea de catedrático, mostrando así que era sabio verdadero.

Poner ante los ojos de los jóvenes que se están educando ejemplos vivos como el del Doctor MALLARINO, es darles estímulo poderoso para que lleguen á ser cristianos de corazón y patriotas, no de palabra, sino de acción y de verdad.

R. M. CARRASQUILLA.

Junio, 1908.

BARBULA

¡Allí están! ¡Ved!—En la altura
De la elevada montaña,
Sobre las armas de España
El sol levante fulgura ;
Y bate la brisa pura
El regio pendón que un día
Sobre el mundo se extendía,
Siendo el asombro y espanto
Del agareno en Lepanto,
Y del francés en Pavía.

